

Experiencia del voluntariado

«Un amor que educa mira a los ojos y toca el corazón».

Carmita Chamorro Veliz

Salesiana Cooperadora y educadora en la Fundación Salesiana PACES - Cuenca

Al vincularme, en esta opción de vida al estilo de Don Bosco, desde mi juventud, a los espacios salesianos me han marcado rostros, experiencias, miradas, manos, llantos, alegrías, tristezas, son una pincelada de lo mejor que podido tener en mi existencia. La mente es frágil en los momentos vividos, pero sé en el corazón que mi crecimiento es el resultado más certero que he podido obtener en el proyecto personal: alegría, entusiasmo, esperanza, acompañan mis ideales y sueños pero al mismo tiempo vivo la experiencia de mis debilidades y con fe creo que la vida es un camino por recorrer, una misión por cumplir.

La espiritualidad salesiana vivida en el clima de alegría, amabilidad, trabajo, servicio son las mejores huellas de identidad que rescato de una historia que empieza en los patios del Oratorio Don Bosco de Cuenca, en donde el contacto cálido de cariño, la simpatía de salesianos, catequistas-guías marcaron mi ser; años más tarde al regresar por esos patios, se vuelven puentes de encuentros con lo que sería mi opción de vida y es así como aprendí a madurar, a crecer encontrando nuevos retos, nuevos estilos; despertando este sentir salesiano que luego de años llevando juegos, camarería, trabajo, fe, a lugares de misiones, y en la propuesta de Líderes Sociales Ecuador, animado también por seglares que vivían su opción de vida y con su ejemplo, te invitaban a ser parte de un cambio, de un aporte, dejándome bien claro que mi vida tenía que ser una obra de arte y a pesar de que ya

había caminado en diferentes espacios juveniles y que tenía ya un trabajo, un proyecto económico, esas palabras de ser arte de servir, de vivir hicieron eco en mi vida y es en ese momento llegaron las personas indicadas con su palabra, su consejo, me acompañaron para lograr un proceso de decisión.

En el año 2004, el 5 de septiembre, con la frase: Aquí se hace realidad el sueño de mi vida empecé, en Instituto Niño Jesús de Praga de la Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, mi trabajo como voluntaria en donde aprendí más que a enseñar; como experiencia una oportunidad para fortalecerme reconstruyendo la lógica de la gratitud, el tener tareas como la asistencia en el aula con niños y jóvenes, desarrollar talleres de valores, preparar para la catequesis sacramental, colaborar en las propuestas de infancia y de vida misionera y fui en búsqueda constante por desarrollar actitudes en una inducción comunitaria que involucraba el desprenderme de mi familia y crear otro ambiente familiar llamado comunidad que se hace hermandad, fraternidad, sin títulos, siendo la teología misma de Cristo que se hace encuentros, en donde el orden, la disciplina, la fidelidad pasan a hacer un verdadero acto de amor, en donde el carisma salesiano desde un gesto de saludo, una oración común, un compartir espacios de trabajo, recreación y hasta de preocupación fueron la muestra de una vida optada como una relación educativa formativa que me transformó, que me implicó, que me comprometió haciendo de mí una experiencia de vida para los demás. Me sumaba como parte de una comunidad y aprendería de las hermanas a mi lado el coraje de guiar, la audacia de observar a los ojos, la alegría de ser ejemplo entrega y oración, de ellas aprendí a ser presente, a ser dedicación, exigencia, esfuerzo, detalles y cuidado por el bien común, también el silencio, el no decir cosas que lastimen, el perdón y las ganas de ir más allá de los prejuicios.

Esta experiencia fue una proyección de todo lo recibido y aprendido en el oratorio, en el movimiento, en el mismo proceso de ser voluntaria y es donde en medio de los jóvenes, niños, padres de familia, docentes, hermanas de la Comunidad, colaboradores, animadores seculares y religiosos, aprendí a compartir, debatir, exigir, disfrutar, cuidar, confrontar, hacer escuchar mi voz, amar, oír, crecer madurar, asumiendo mi libertad de adulto, sobre todo a estas personas les debo el entender que si hago bien y con amor las cosas. Implicó una propia experiencia de madurez en la fe, vocación, voluntad, convicción y preparación; implicó también ciertas condiciones expresadas en rasgos y actitudes, modos de ser, cualidades, valores, competencias. Reconocer esto no quiere decir que trataban de hacerme una persona *perfecta* y, por lo tanto, inhumana, sino un individuo con necesidad de ser acompañada en todo el proceso y de devolver este mismo acompañamiento a los demás.

Los días no siempre fueron color de rosa en el voluntariado así como en la vida misma, es allí cuando la frase «Nadie da lo que no tiene»

se hacían eco en una oración permanente y era en esos momentos que las preguntas constantes saltaban a la mente y revoloteaban las opciones y al responderme ¿Qué es lo que el Señor quiere de mí? ¿Qué hago aquí? ¿A dónde me dirijo? ¿Qué voy hacer cuando regrese? ¿A qué fui llamada? Las repuestas llegaron por parte de un asesor religioso; este discernimiento, en gran parte, fue el éxito de mi voluntariado porque el «date a los demás» con lo que eres y con lo que tienes me llevó a tomar la opción de ser seglar comprometida con la vida, con los más pobres y esa búsqueda constante por ser parte de esta gran Familia Salesiana respondiendo con alegría: «Mientras me queden fuerzas, a tu lado estaré haciendo mi parte para construir tu reino.

Hoy al encontrarme trabajando en el Proyecto Salesiano Ecuador tengo la oportunidad de compartir, año tras año, con jóvenes voluntarios que donan su vida desde su propia realidad y de ellos y con ellos he aprendido que en el voluntariado no basta con saber técnicas participativas o de animación, tampoco con tener un plan de formación desarrollado (aunque este es un punto de partida clave, que muchas veces se improvisa). En primer lugar, es imprescindible que yo haya vivido mi propio proceso de educación en la fe, mi propia experiencia de Dios, y, reconociéndome aún en camino, pueda ir ofreciendo elementos enriquecidos con la experiencia, con la reflexión y con la formación específica para ejercer mi trabajo.

No es fácil dar procesos que no se han realizado o poder responder a preguntas que no se han formulado en la propia vida. De ahí la importancia de que haya vivido personalmente estas experiencias, también he vivenciado que es mejor un trabajo en equipo manteniéndose inserto en una comunidad, en donde pueda compartir su vocación y su vida de fe, a la luz del Evangelio y de los signos de los nuevos tiempos.

Se trata de mantener una permanente actitud de revisión de la propia vida y de la tarea de acompañamiento a los y las jóvenes, en comunión con otros que han sido llamados a la misma misión.

Cada joven y cada grupo tienen un ritmo propio que se necesita respetar, por lo mismo creo que es necesario asumir la diversidad de experiencias y vivencias que traen los jóvenes, marcados por procesos de socialización, la realidad económica, las experiencias de amistad y familia, la experiencia educativa, el camino de crecimiento en el compromiso, el proceso de maduración afectiva, etc.

Por lo mismo creo que, día a día, lo mejor que podemos hacer es hacer al joven voluntario un protagonista en su espacio de vida, un actor social, dejándole actuar, dejarlo ser, dejarlo hacer es lo que más han marcado la vida de jóvenes que optan por ser luz en la opción salesiana, más allá de quedarse entre cuatro paredes es responder al llamado del Santo Padre de no encerrar los talentos, de perder el miedo de soñar en grande; esta experiencia más que ser un sueño es una vida donada con fe, entrega, servicio, amor que es mirar más allá trabajando y entregándonos a lo que queremos

y en lo que creemos, escribiendo de la mejor manera posible este libro de la vida de un Jesús, de un Don Bosco joven vivo que aún no está trazada, dejando huellas en la vida de los demás utilizando las mejores sandalias... las de Taita Dios.